

SILUETAS

FRANCISCO LAYRET



Dibujo de Monteserín.

por ANGEL SAMBLANCAT

Precio: 25 cént.

FRANCISCO LAYRET

por

ANGEL SAMBLANCAT

Premonición

Uno de los principios fundamentales de la ética social actual es la barbaridad solidificada en la consigna: todo por el orden.

En este precepto se materializa toda la bestialidad ancestral del capitalismo y la propiedad poseyentes y fruyentes, todos los atavismos y la herencia zoológica de los gorilas y chimpancés, nuestros gloriosos padres.

Todo por el orden significa que lo primero son las formas, la exterioridad, *le maintien*, la compostura, la manera y el modo.

Quiere decir que al culto—idiota, como todos los cultos—de ese fetiche hay que sacrificar las becerras más cándidas y los recentales más tiernos del rebaño.

Significa que ante el orden, que no es más que el silencio, la soledad, el vacío y la muerte producidos por la fuerza bruta y por las armas, han de capitular y doblar e hincar la rodilla la justicia, el derecho, la verdad, la bondad y la razón.

Y he ahí cómo los fantasmas violentos y sangrientos dominan a las realidades inermes,

a las filosofías panglosianas, echan del mundo al bien y lo reducen a mera especulación, a pura teoría, y rodean de acero y blindajes al privilegio, y cómo la Antisociedad actual, la suciedad que es esta sociedad, nos da en una fórmula casi química la expresión más perfecta de su incivilidad y su canallería.

No es extraño, pues, que ante el reto cínico que ese apotegma, síntesis de la moral p.ebeya de los almacenistas de jamones, que son nuestros amos, encierra, la Revolución haya contraformulado sus aspiraciones y plasmado sus ansias y valorado gráficamente toda la vibración de su anhelo emancipador en este lema antagónico: todo por el desorden.

Radicalismo por radicalismo; exageración por exageración.

Los que estamos en el secreto ya sabemos y conocemos el alcance de esa contraseña protestataria y libertaria.

Pero para que no se nos moteje de chilladores histerizados y lanzadores de palabradas e insolencias, para hacer más luminosa y esplendorosa la luz y aclarar lo que está más claro que el sol y más transparente que el agua y el

aire, especifiquemos qué ordenado desorden es el nuestro, y afirmemos que todo por el desorden es sinónimo de todo por el orden verdadero y natural, y que nuestro desorden es el orden de la libertad y la igualdad, es la independencia absoluta de la razón y del espíritu y la soberanía indiscutida e indiscutible de la inteligencia, de la conciencia, de la ciencia y del trabajo.

Y hecho eso, traslademos estas ideas de la esfera éticosocial a la esfera estética.

Hay en la república de las letras, en el orbe de la creación intelectual, un imperialismo y una tiranía del orden desordenado, como la hay en el sector económico-político.

Han sido los clásicos, cuyo despotismo, cuyo nefasto yugo sufrimos todavía, los que han legislado para el sentimiento y el pensamiento; los que han redactado unas Pandectas para la belleza, como redactaron otras para la autoridad y la propiedad; los que han puesto sobre la frente de los artistas una corona ciertamente, aunque más con ánimo de oprimirles los sesos que de decorarles y ceñirles de laureles la sien.

Según el helenismo y el romanismo imperantes en arte, según las normas trazadas por los charlatanes griegos y los feroces latinos, en la creación espiritual, en la obra artística, lo esencial es la armonía, las proporciones, la serenidad, en una palabra, el orden.

Al orden hay que inmolar y sacrificar la inspiración, la palpitación, el latido, el fuego y hervor de la sangre, la vida entera.

¡Cómo se ve que los brutales soldados y las guardias pretorianas que dictaban y escribían con su lanza los senadoconsultos y las constituciones imperiales, son los mismos que hablan por boca de Horacio, Quintiliano y Cicerón!

Pues así como frente al desordenado orden social hemos erigido nuestro ordenado desorden libertario, proclamemos en el reino del espíritu la misma santa y soberana anarquía, y establezcamos que, aquí como allá, por encima de todo, está la espontaneidad, está la vida; por encima de los ritos fósiles y de los cachivaches tradicionales se hallan los inalienables, los imprescriptibles, los sacratísimos derechos del pensamiento y del sentimiento humanos, que no quieren ser limitados, cohibidos, cercenados, mutilados y ahogados en moldes estrechos, en cinchos de hierro y en carcelarias mazmorras.

Todo lo cual viene a cuento de la silueta de ayret, que para esta Revista tenemos el en-

cargo de escribir, de pergeñar o dibujar, si queréis, aunque aquí no vais a ver muchos dibujos, mejor dicho, ninguno.

Escribimos la vida, intentamos la proyección de la imagen de un rebelde. Y somos nosotros rebeldes a la vez.

Y del propio modo que nos hemos insurreccionado o insurgido contra la coyunda social, nos sublevamos contra el uncimiento estético y contra todo género de agarrotamiento, infeudación, vasallaje y pariaje.

Escribiremos, pues, esta biografía o lo que fuere o saliere, a la buena ventura, al buen tun tun, dejando volar con las alas bien desplegadas a la fantasía y abriéndonos todas las venas, canales y cañerías del sentimiento.

Pero como no somos tampoco unos profesionales del barullo y de la alharaca, no nos desentenderemos de todo método y comedimiento.

Queremos sólo dejar constancia de que ahora, como siempre, no somos esclavos de reglas ni de pautas, y de que no vamos a remolque de ningún prejuicio y de que rechazamos sordinas y emolientes y caminos trillados, y de que por estos barrios lo que se siente y lo que se debe decir se dice.

Una etopeya o prosopografía de Layret, aquel mártir de la verdad, hecha de otro modo no estaría bien.

La gran línea de la fisonomía de nuestro héroe merece un estilo de gran línea. Y aunque yo no lo posea, lo buscaré en lo más recóndito de mí mismo, requeriré lo mejor de mi alma, echaré mano de cuantas esencias contenga el frasco de mi corazón, para dárselas a mi modelo.

Otra cosa fuera empequeñecer y traicionar a éste, y empequeñecerme y traicionarme a mí mismo.

Además de que mataría de tedio, aburrimiento y hastío a la paciente grey que espera de mi caramillo otra música y que tiene derecho a exigirme a mí, rabadán suyo, mucho verde y pasto graso.

Si yo quisiera, en efecto, partirles las quijadas a bostezos a mis lectores, empezaría el diseño de la efígie de Layret con las palabras con que Crispo Salustio empieza la vida y milagros, los famosos hechos de otro insurgente ilustre, el patricio romano Catilina, *Catilina nobili genere natus...*

Pero yo no quiero extenuar, no quiero poner a prueba la paciencia y la resistencia de los que me hacen la merced de leerme.

Yo ignoro de qué fuentes procedía la noble sangre del asesinado, en qué urbe flamante o sucio pueblo nació, qué suma de años llegó a acaudalar y qué venturosos padres lo generaron.

¿Qué se nos da todo esto? ¿Qué valen prosapias, linajes y genealogías? Cuando Adán iba en cueros vivos y Eva se tapaba con una hoja de parra las boccosidades sexuales, ¿dónde estaban los archiduques y los archipámpanos? Esta última pregunta ya la hacía Wiclef algunos siglos atrás.

¿Qué nos importa dónde abrió sus alas un ángel? ¿Para qué ocuparnos de los que acaso hicieron cuanto pudieron para impedir su vuelo —hablamos en hipótesis— de los que, por ventura, prefirieran que hubiese sido un honrado especiero o cotonero —honrado quiere decir más ladrón que Baco, ya se entiende— o un traficante en Dios sabe qué averiados géneros, un filisteo digno de morir a manos de Sansón de un trastazo dado con una quijada de burro?

Haremos el retrato del mal asesinado, prescindiendo de toda esta hojarasca, dando de mano a nimiedades y omitiendo detalles menudos. Lo haremos al carbón, al aguafuerte, a grandes brochazos, a golpe seco de garra, derramando en el papel, echando la tinta, la negra pintura en el lienzo a puñados.

Rembrandt, Goya y Ribera nos rigen. No Murillo, Grenze ni pastelero alguno italiano,

No es figura la de nuestro hombre para hacer filigranas, filifles, florituras y virguerías y lucir la habilidad consumada y la traza.

Pertenece el gran catalán al mapamundi de Shakespeare y Esquilo, a la geografía del drama. Su sangre tapiza la tierra y su pensamiento el cielo. Vió la vida con ojos muy negros, con ojos muy tristes. Tuvo de ella una emoción muy dolorosa, un sentimiento serio y trágico. No formó en el guiñol de los títeres, en la farándula de los arlequines y los peleles.

Pero me parece que me estoy adelantando. Demos máquina atrás y comencemos por el comienzo.

Vieja estampa

En *Los Miserables*, aquel cotidiano sansculótico de gloriosa e imperecedera memoria, aquel pariente próximo de *El Padre Duchesne* y *El Amigo del Pueblo*, le hacíamos a Layret la siguiente semblanza:

Este hombre es un coloso tullido, un gigante herido en las piernas, un titán alcanzado por los rayos de Júpiter en las extremidades inferiores.

Parece Prometeo que no puede andar, que está aspeado, perlático y no puede valerse por haberse hallado encadenado tanto tiempo a la roca del Cáucaso.

El carro que lleva el espíritu de Layret, tiene los neumáticos, tiene las llantas rotas, tiene las ruedas desquiciadas; le han saltado los ejes y los muelles en una "panne" tremenda. Pero, como el motor es muy potente, como dentro hay mucha gasolina, el carro, a pesar de todo, marcha.

Cada vez que lo encontramos nos parece ver a Costa, a Costa cuando exclamaba llorando, con treno jeremíaco y acento profético.

—Yo estoy paralítico, como España.

Nos recuerda también a Couthon. A Couthon lo tenían que llevar a la Convención en un carrito. Los jacobinos decían de él que sólo tenía el corazón y la cabeza vivos, las alturas del organismo indemnes y que la llama patriótica le había consumido medio cuerpo, como la lava de un volcán abrasa los flancos y la falda de la montaña que lo contiene.

Couthon asistía a las sesiones de la Convención con el perrito en las rodillas, inmóvil, misterioso y trágico como una esfinge, y desde su escaño el terrible baldado enviaba a los que tenían las piernas sanas a la guillotina.

Frente a la multitud, reproduce Layret el milagro o fenómeno de Belmonte frente al toro. Como el desmirriado y patizambo trianero en la arena, Layret, en la tribuna se trasfigura, se agiganta, crece, al menos, diez palmos, adquiere proporciones colosales, épicas.

En cuanto se pone de pie, sus piernas muertas se desentumecen, sus huesos tísicos se vigorizan, su pecho se encrespa y se escarpa como un monte sin nombre, su cuello se yergue como el de un gallo que se dispone a reñir y a cantar más alto, su cabeza se define y perfila con más energía, sus ojos brillan más de

coraje y de fuego de Africa, y todo él se esponja y se eriza como un jabato, como un puerco-espín y se prepara para el salto y para la agresión.

Y desde que abre el grifo y suelta la primera palabra, todo en él cobra brío inusitado y se hace interesante.

El lenguaje.

Su lenguaje es musculado, muscular y musculoso. Su facundia, extraordinaria. La palabra le obedece como un perro. Como un oso domesticado. Su brazo parece el hierro con que lo doma, el látigo con que lo está haciendo bailar, la rienda con que conduce al potro díscolo sobre cuyos redondos lomos cabalga.

Su espíritu galopa sobre la palabra como un ginete juncal sobre un alado corcel.

Sus ideas cantan presas en los hilos sutiles de su verbo elocuente, como pájaros entre los barrotes de una jaula de oro.

El gesto.

Hay en su mano una contracción y contorsión de garra de ave de presa, de bestia carnífera, de verdugo implacable que le está apretando la garganta a alguien.

El "rictus" de esa mano y de esos dedos no se olvidan nunca, no se le borran de la memoria al que los ha visto una vez.

¡Qué mano sarmentosa, huesuda, enguantada en cuatro tiras y filamentos de amarilla piel!

¡Y qué dedos, sobre todo! ¡Qué dedos culebreantes y fantásticos! Parecen clavijas. Parecen los cabos de una tralla, la punta destrenzada de una correa de flagelar nazarenos atados a la columna; de azotar criminales y ladrones. Esos dedos, cualquiera diría que tienen ojos y que son otros tantos pitones que se retuercen y ponen de pie y silban irritados.

La voz.

Una voz de metal estridente, de barro cascado, que pincha en la membrana del tímpano, que despelleja las sienes, que abofetea los ojos, que pega, que hincha los carrillos y enciende la cara. Una voz que tiene ángulos, filos y aristas, que a lo mejor se raja como una tabla y rechina con un rumor de guijarros que se parten, de tiestos que fracasan y de huevos que se estrellan. Una voz, que luego suena con un timbre argentino, y es clara y armoniosa como el agua, y que tiene inflexiones y curvaturas femeninas y caricias de mano de niño y morbidez y suavidades de seda, de terciopelo, de carne.

Su don de sugestión.

Layret domina a la multitud como Neptuno a las aguas. *Quos ego...* Señorea el Mar Rojo como Moisés, el taumaturgo del Exodo.

Cuando quiere, levanta ondas y espumas y tempestades en el seno de Tetis.

Cuando toca las olas con su caduceo, con su vara mágica, las calma y las apacigua.

Todo esto caracteriza al verdadero señor del verbo. Al perfecto orador. El verdadero príncipe de la palabra desata los períodos del discurso como quien desata leones; tiene en la boca ebullición y hervor de champañas próceres; habla con una claridad, con una precisión, que hace ver a través de él como a través de un cristal, y cuando perora, brillo de fuegos cruzados, de luces divergentes como un diamante.

La trayectoria de su pensamiento

Más que la figura física de la víctima de Anido y Arlegui, nos interesa su figura moral.

Las mujeres, que en todo varón ven al padre posible, al macho en presencia, al fertilizador de su sequedad y roturador de su gleba, suelen dar mucha importancia al detalle corpóreo y a los rasgos de la fisonomía.

La exuberancia y fastuosidad de una trompa, más épica por su monumentalidad y por lo que se suena, que por lo que suena; la marchosería y la torera y pinturera prestancia de un fémur serrano y gitano, la esbeltez de un talle gentil, la gravedad de un busto sólidamente arquitecturado, un milímetro más o menos de hocico o de mentón, la ironía y travesura de un ricillo que decora con una voluta significativa la sien, un estrabismo del ojo, un lunar cico gachón, cualquier quisicosa y futesa de esta, es, a lo mejor, de inmensa trascendencia para la multiplicación de la especie y el porvenir de nuestro linaje.

Sin embargo, no hagamos de ello rechifla y chacota, y no satiricemos la frivolidad y banalidad del sexo complementario.

Al contrario. Imitémosle en la avidez de los sentidos, en la furiosa pasión de la carne, en el vivo y eterno anhelo de perpetuación.

Y llevemos esas llamas, que a las mujeres las encienden de cintura para abajo, llevémoslas a otras zonas, a otros rastrojos y cuadrantes de arder, y que ellas nos enciendan a nosotros de cintura para arriba.

Que el dato del espíritu tenga para nosotros el mismo valor que para la hembra tienen las simples circunstancias materiales.

Que la cara de las almas nos sea tan amada como lo es para nuestras queridas mitades la cara de nuestra parte física.

Como hay un rostro exterior, que nos distingue y caracteriza, hay otro interior, que acusa mucho más enérgicamente nuestro yo y nuestra personalidad.

Y esta fisonomía, invisible con los ojos de la carne, y cuyos sustanciales rasgos, cuyas principales líneas son el pensamiento y la acción, es la que, de un modo precipuo, nos llama la atención en Francisco Layret.

Pero pensamiento y acción no son en el hombre inmutables. Muda la facie material y muda el frontispicio moral. A la infancia física corresponde una infancia del espíritu, y a la virilidad y madurez orgánicas corresponde una virilidad y una madurez inorgánicas. La plenitud intelectual no se alcanza de un golpe; no se asciende a tal altura de un salto. Se necesita seguir una rigurosa evolución, recorrer cierta trayectoria. Se llega a lo alto de la escala después que se ha fatigado uno subiéndola de escalón en escalón. Y esto es lo que intentamos determinar o indicar sucintamente en el sujeto de nuestro estudio, quiero decir, cuál fué la trayectoria que siguieron el pensamiento y la acción de Layret, por qué fases y edades pasó su espíritu hasta llegar al esplendor mental, a la sublime belleza anímica que le conocimos todos y que le costó la vida.

Republicano

La forma que la rebeldía reviste entre nosotros, en la burguesía y en la clase media, es la del republicanismo.

En el proletariado, en las capas inferiores—socialmente hablando—de la población, el muchacho que sale despejado y aventajado, serio, estudioso y virtuoso, ya se sabe, se afilia a un grupo anarquista. No puede ser de otro

modo. La explotación que sufre, la dependencia ominosa en que se encuentra, la tiranía de la necesidad que lo acogota, el múltiple y poliforme dolor que lo circunda, lo espolean acuciosamente y le dan la mitad del trabajo de reflexión hecho. Para afirmar su vida negada, para superar las limitaciones que lo estrechan y asfixian, para quebrar los vínculos férreos que lo mantienen tumbado en tierra y sin posibilidad de levantarse por el esfuerzo individual, busca el contacto con los afines, con su clase *capitis* disminuida y únicamente en los medios anárquicos lo halla.

La rebeldía proletaria es mucho más lógica, honda, humana, verdadera y sincera que la burguesa.

Esta es casi siempre literaria y retórica, hija de la ruina o desastre personal, o a lo más familiar y circunstancial, no de la clase y con el carácter de fatalidad, de inapelación, de descalabro definitivo que tiene el vencimiento proletario.

El burgués se rebela contra la forma de gobierno, no contra el fondo; ataca a la propiedad del vecino, no a la propiedad en general. Trata en su combate de conquistar botín, de hacer pasar la autoridad y la propiedad de las manos de otro a las suyas o a las de los suyos.

Hay, naturalmente, excepciones. No faltan hombres de buena fe que pronto se dan cuenta de la esterilidad de su esfuerzo preliatorio y lo orientan en sentido más amplio y más derecho. Tal es el caso de Layret, de tantos otros.

En España el republicanismo, la rebeldía de las clases medias contra el régimen, está determinada por numerosos factores que debieron de obrar en el corazón sano y generoso de nuestro biografiado desde que se alistó en las filas de la Escolar Republicana.

Fué, sin duda, un imperativo de juventud, de combatividad muscular el que le llevó allí. Pero fueron también otras causas de orden moral y social, causas de todos conocidas y que aquí apenas contamos de espacio y de tiempo para enunciar.

Tiene la nación española demasiados agravios que vengar de su monarquía, para que ningún ciudadano honrado, ningún hombre de bien pueda colocarse ante ella más que en una actitud irreconciliablemente hostil.

Y no es sólo la decencia, la vergüenza, la dignidad y el honor los que obligan a ello. Es hasta el buen gusto.

Es el olor de muerto y de muerte que des-

pide este régimen, el vaho de putrefacción que se desprende de esa carroña, la pestilencia que esparce y siembra en torno suyo ese montón de degeneraciones y decadencias inveteradas, son todos estos miasmas letales, todas estas exhalaciones y corrupciones de cementerio, todas las emanaciones morbosas que proceden de ese foco palúdico, las que echan a los olfatos delicados para atrás.

Layret estaba moralmente sano, tenía la sangre incontaminada y no podía ser monárquico, no podía casar su heroica juventud con esta decrepita vejez, no podía desperdiciar sus efusiones y sembrar su amor en las piedras, dándose en cuerpo y alma a una estantigua, acostándose en el féretro de una momia, enamorándose de una cosa que es la causa y fuente de casi todos nuestros males, que es la más lamentable supervivencia de la Edad Media que queda en el continente.

Y si la compasión le hubiere hecho sentir alguna debilidad por el enfermo, si la piedad hubiera embriagado su corazón misericordioso hasta llegar como Santa Isabel de Hungría y San Pedro Claver a lamer la lepra del lazareto y a beberse la podre de las úlceras del inhospitalizado, lo que la monarquía representa para nuestra infortunada nación, le hubiera hecho volver de su acuerdo de tragarse la ira y envenenarse el instrumento quirúrgico.

Porque la dinastía extranjera que nos usufructúa, representa para nosotros lo que la de los Romanov para Rusia y la de los Hohenzollern para Prusia; esto es: el desastre, el déficit, la bancarrota, el descrismamiento, la catástrofe en todos los órdenes y en todos los sentidos.

La monarquía es el militarismo, el clericalismo, el caciquismo, el parasitismo, el pauperismo, el analfabetismo, el cretinismo, la Bancocracia, las siete plagas de Egipto y las siete lepras de Job metidas en un saco.

Son los cien mil muertos de Cuba y Filipinas, y los veinte mil del Rif. Es Annual, Cavite y el Barranco del Lobo. Es la tragedia de esos ciento sesenta mil hombres del Norte de África, armados hasta los dientes, que no pueden con cinco mil cabileños, que no cuentan más que con su "fusila". Es el Tratado de París y la ley de Jurisdicciones. Es el fusilamiento de Rizal, y el fusilamiento de Ferrer, y la San Bartolomé constante de Barcelona y la ignominia indeleble de la ley de Fugas. Es Rubán y Gibraltar, y el latifundio andaluz, y la merienda

de negros del presupuesto, y la langosta inextinguible en la estepa monegrina, y la otra langosta de sotana, más inextinguible aún, y el 60 por 100 de analfabetos, y la sangría de la emigración, y el estado de guerra y suspensión de garantías, casi permanente, y Dios y la madre y la Biblia.

Nacionalista

Layret, en su mocedad, cuando aún le apuntaba el bozo, cuando todavía no se había sacudido el polvo de las aulas, además de hallarse en un momento en que una irresistible corriente sentimental de opinión pública y el coercitivo prestigio de las mentes próceres del país lo situaba frente al régimen y lo incorporaba a la agitación republicana, se encontró en un sector geográfico de España en que hay planteada una cuestión nacionalista.

Prescindamos ahora de lo que constituye en nación a una familia de gentes, y de si Cataluña ha desenvuelto en su historia y en su evolución todo el contenido de esa palabra, y ha alcanzado la categoría y la excelencia que ella da a un grupo o a una parentela de humanos.

Lo cierto, lo innegable es que en el antiguo principado catalán hay un idioma que gime; hay un idioma oprimido, que clama por su reconocimiento oficial; hay vastas y extensas zonas de opinión, que proclaman su solidaridad con Castilla y con España, con el centro, oeste y mediodía de la península; que reclaman la reanudación de su historia desanudada, y quieren vivir su vida; lo cierto es que hay cuatro provincias españolas que no se sienten provincias, y que aspiran a su unidad y a su desintegración de la pía ibérica; lo innegable es que, importantes núcleos catalanes, considerables fuerzas sociales y potentísimas individualidades de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida, ven la fórmula de su superación política en la autonomía, en la independencia y el separatismo, y para un hombre que, además de ser catalán y vivir en medio de la efervescencia nacionalista, había leído a Almirall y a Pi y Margall, y había aceptado la Declaración de los Derechos del Hombre y todas las reivindicaciones de la Revolución, y el programa de

julio, y el principio de la autodeterminación individual y colectiva, no podía haber lugar a dudar un momento.

Vale decir, sin embargo, que Layret dudó y no admitió el nacionalismo hasta mucho después de militar en la avanzada democrática y hasta verlo profesado y abrazado por entendimientos de una ideología congénere con la suya.

Claro está que el nacionalismo de Layret fué más una afirmación de sí mismo y de su raza que una negación de las otras; fué más un viva a la libertad que un muera a la tiranía; fué más un apremio, una intimación hecha al futuro que una evocación del pasado.

No fué un nacionalismo exclusivista, egoísta, mezquino, de matiz económico, como el de la Lliga; de matiz arqueológico, como el de los sionistas; de matiz jesuítico y foral, como el de los vascos; de matiz imperialista, como el de Daudet y Maurras.

Se ungió, por el contrario, con todas las generosidades, con toda la sed de progreso y avance y todos los misticismos humanitarios, libertarios, igualitarios y fraternitarios de nuestro tiempo.

El nacionalismo de Layret era un poquito tolstoyano, un poquito cristiano y muy republicano.

Era romántico e idealista.

Se parecía al de Paderewski, que fué durante muchos años el vendaje y el bálsamo aplicado a las heridas de la destrozada Polonia; al de Rabindranath Tagore, que son todas las misericordias humanas volcadas sobre la infinita desgracia de la inmensa India.

Tenía algo del de ese irlandés extraordinario que se llama De Valera, o de aquel cubano lírico que tuvo por nombre José Martí.

Comunista

Empero la vida no es una broma.

¡Libertad de las naciones! ¿Qué es la libertad de las naciones sin la libertad de los individuos? Y, ¿qué es la libertad política sin la libertad y la igualdad económicas?

¡Ciudadanía, derechos del hombre! ¿Qué es la ciudadanía? La dominación y la explotación

de los ciudadanos pobres por los ciudadanos ricos. ¿Que cuáles son los derechos del hombre? Pues toser—y no muy fuerte—, silbar, rascarse la tripa, escupir—y aún nos lo van privando—, chuparse el dedo, morirse de hambre o de asco, etc. etc.

¡Ah! No. La vida no es una ópera, no es un paso de comedia, ni cosa de risa o de juego.

Cuándo tuvo Layret la revelación de esta verdad lo ignoramos a punto fijo.

El momento republicano de su pensamiento comprende toda su actuación en el lerrouxismo y en el Ayuntamiento de Barcelona, de concejal, de alcalde interino, y la hora más interesante de este período es la de la lucha por el Presupuesto de cultura.

El momento nacionalista del pensamiento de Layret es el de la fundación del Bloc, el de las campañas de *La Lucha*.

Luego, viene la guerra, la revolución rusa, el sindicalismo. Sale diputado por Sabadell, y en un mitin, dado creo que en el Circulo Federal, se declara comunista.

El sindicalismo hace cada día más prosélitos, gana más adeptos, se extiende por toda España y asciende como una marea.

En Andalucía y en Levante los campos arden. En Cataluña las fábricas hierven. En Aragón la cólera de los cuarteles revienta y se desborda por las calles.

El patronato, medroso, busca una tabla de salvación. Misterioso, espantoso y trágico, surge y aparece el terrorismo.

¿Quién ha engendrado el monstruo? ¿De dónde viene y qué se propone? Nadie lo sabe.

Se ve únicamente que la siega de vidas empieza feroz; que los mejores, día tras otro, van cayendo; que a este se lo traga el cementerio y a estotro la cárcel.

La organización obrera es perseguida sañadamente. Los sindicatos son disueltos, aventados. Se da caza a los militantes. Al que se le echa mano se le apalea, se le tortura y se le encarta en un proceso por asesinato. A unos procesados, en Sabadell, para arrancarles declaraciones contra sí mismos, para forzarles a firmar su ruina y a sentenciarse a muerte, se les infligen los más atroces suplicios.

Entonces es cuando Layret va a Madrid, solicita la cátedra del Ateneo, da en él una conferencia, y acusa, inexorable, a los verdugos de Sabadell y a los sayones y perseguidores de Barcelona; reivindica al Sindicato Unico y defiende los principios comunistas libertarios,

que a la Confederación Nacional del Trabajo informan.

Finalmente ha calado los abismos de la humana iniquidad.

Por fin ha abierto del todo los ojos y ha abarcado toda la extensión y toda la intensidad del drama. Ya sabe qué injusticia incalificable es el poder, qué trapaza indigna es la política y qué crimen nefando, qué crimen sin nombre es ser rico. Ya sabe de qué tenebrosas y fangosas minas sale el oro, con cuánta sangre y cuántas lágrimas se amasa el capital, y con qué metódica frialdad, con qué ferocidad implacable cumple la autoridad su misión siniestra y el hombre mata al hombre.

La realidad le ha enseñado la ciencia de Marx, de Lenin, de Bakunin. La experiencia lo ha sacado maestro de miserables, guía y faro de ciegos, y lo ha graduado doctor en humano dolor.

Glorioso Guerra Junqueiro, poeta transcendental; ¡qué hondo sabor, qué amargo gusto de verdad encuentra, entonces, a tus sentencias!

"La vida es el mal. El hombre es una fiera aumentada. El matadero es la fórmula cruda de la sociedad en que vivimos."

La trayectoria de su acción

Si interesante por demás es la órbita o el arco de circunferencia que recorre un entendimiento para llegar a su meta, a la satisfacción de sus ansias, para alcanzar la comprensión pura, el conocimiento preciso de la verdad, más interesante todavía es el camino, la ruta, las jornadas en que un ideal persigue su propia realización, tantea y busca la forma de materializarse, de hacerse carne, de pasar de la potencia al acto, de las nebulosidades de la fantasía a las tangibilidades de la realidad.

Poseída la verdad se conoce el fin y se saben los medios, las distancias que hay que andar y salvar, las operaciones que hay que hacer para convertir en arcilla el polvo y en vaso o jarra la arcilla.

Pero saber, no basta; ver y entender, no es suficiente. Con eso se tiene la antorcha para marchar en las lóbregueces de la noche, para guiarse en las sinuosidades de la senda;

se tiene noción del viaje y de su término y de las distintas etapas del mismo. Así y todo hace aún falta lo principal, que es ponerse en movimiento, actuar toda esa metafísica, moldear todo ese plasma, dar cuerpo, forma y sentido a la ciencia y disponerse a la lucha con las fieras y las alimañas que pueblan la manigua.

Hemos visto la carrera seguida por el pensamiento de Layret, las tres edades de su vida intelectual: infancia, adolescencia, virilidad; republicanism, nacionalismo, comunismo.

Resta ahora señalar las manifestaciones, los serios relieves y aristas de su acción.

Es primeramente, en su vida privada, en su actividad profesional abogadesca cómo y dónde hay que verle bregar y trabar descomunal batalla con endriagos, tragos y vestiglos.

Es después en la acción indirecta de la política, en la vida pública donde hemos de verle desplegar su energía.

Y en último término, es en la acción directa revolucionaria, en la que conviene observarle con mayor atención, con más fija y devota mirada.

En el principio fué la acción, ha escrito el autor del *Fausto*, oponiendo esta filosofía del trabajo, esta moral de la energía al ideal semita y oriental, formulado en aquellas palabras del evangelista del águila: *In principio erat verbum*, en el principio fué el verbo.

No. En el principio fué el trabajo, la obra, la producción.

Fueron estos, fueron los hechos antes que las frases, antes que la contemplación.

Y si no lo fueron, si no lo han sido en el orden del tiempo, lo son, lo deben ser en el orden del derecho.

Lo primero es crear, fabricar el cosmos. Luego se les deja, se les abandona a los poetas y a las cigarras para que lo canten, se entrega a las disputas y a la charlatanería de oradores, filósofos y papagayos.

Layret debió de tener muy clara noción de esto, cuando no se contentó con ser barro, por muy pensante y animado de soplo espiritual que fuera o estuviera, sino que quiso ser alfarero.

El goce de amasar es superior al de ser amasado. El principio activo monta al pasivo. El hijo presupone al padre.

Saber es poco. Conocer no es nada. Hay que ser. Y se es, no por lo que se sabe, sino por lo que se hace.

Un título de abogado es un papel mojado, si no es una munición de guerra, un arma de combate, una bomba de inversión, un cañón.

Estar enterado de toda la malicia de la ley, de todas las triquiñuelas, tranquilas y cepos de que la han empedrado los pillos que la han hecho, no vale la pena.

Hay que armarse guerrero del derecho. Hay que ceñir la toga como una cota de malla. Hay que esgrimir los artículos del Código, como David las piedras de su honda. Hay que henchir de contenido el vacío y preñar de justicia violenta las tripas inmundas, las ancas innobles del privilegio. Hay que romper los alambres, las argollas, las ataduras, las telas de araña, la urdimbre acerada con que los mandarines y los propietarios han encadenado a la verdad, a la honestidad y a la razón. Hay que sacar al derecho de la mazmorra de la ley. Hay que devolver la autoridad y la propiedad a la comunidad, a la masa. Hay que desposeer a los jueces del derecho de juzgar, y a los verdugos y matarifes de toda casta y laya del derecho de matar. Hay que limar los dientes y las uñas a polizontes, alguaciles, esbirros y demás fieras carniceras de baja estofa. Hay que ser abogado de la humanidad, del desvalimiento y la pobreza, no de los que tienen dinero porque lo han robado.

Otra cosa será ciertamente ser licenciado en leyes, no lo niego, pero es merecer serlo de presidio. Otra cosa es ser un traficante sin pudor, un judío usurario, un mercachifle rapaz, un pedante gerundiano y macarrónico, un opresor del pobre, un abusador de la viuda y un estrangulador del huérfano.

¡Cuánto zángano y vampiro de estos hay en el foro! ¡Cuánto mercader y gentil en el templo de Astrea! ¡Cuánto leguleyo, rábula y cultivador del gerundio!

Y para que se les conozca bien y no haya lugar a dudas acerca de la hilaza de su vil contextura moral, se adornan las negras uñas con diamantes como melocotones.

Y se rodean de gran boato exterior para que se vea que van vestidos con la piel de sus clientes, que se han grasificado el buche con los despojos de sus víctimas.

¡Ah! Esos no son los centinelas del derecho seguramente. No son los guardianes de la justicia: son sus remangadores, sus violadores, la fauna salteadora, atracadora y torva de Pasos Perdidos.

El procesado o litigante, al verlos, tiembla; el juez novenalizado, huye; al oficial del crimen, que no es un criminal, le entran calambres; la estatua de la Justicia se cubre de vergüenza el rostro o se apea del pedestal y se refugia en el retrete, que huele más exquisitamente que la conciencia de tales gánzanos.

Layret, como es natural, no perteneció a ninguna de estas especies y géneros de pica-pieitos y pica o pellizcabolsas.

No era de la jarka de la Audiencia. No era un paquidermo de la Academia de Jurisprudencia, ni un solípedo del Colegio.

Llevó a la profesión su pasión democrática, su celo apostólico.

Empapó de ternura humana los secos Digestos petrificados, los Digestos llamados sin duda por ironía así, ya que nadie ha podido digerirlos.

Reverdeció con el riego de su savia, con el cultivo intensivo de su trabajo y su afanoso batallar el pedregal de la legislación, la tierra mostrenca esterilizada, desertizada por el soplo agostante de la jurispericia romana.

Defendió al pobre, al perseguido, al maltratado.

Fué a la cárcel a buscar al preso, a redimir al cautivo.

Portó el consuelo y el óbolo al que no pudo llevarle la libertad.

Despreció el estipendio, el honorario y la "cuota litis".

Hizo autos de fe con todos los autos que pudo.

Aconsejó sin doblez y asesoró sin sórdidas miras.

Honró la toga y enalteció la misión santísima del abogado.

Fué el único. Y si no el único, de los raros, de los que no abundan.

Fué la oveja blanca entre los carneros negros, la oveja rondada por los colmillos del lobo y por los perros traidores, por los pastores malos y los malos guardas de rebaño.

Era la oveja en cuyo cuello había fatalmente de envainar su cuchillo el degollador.

Pero ahora nos damos cuenta de que se nos ha ido la pluma—esta burra loca—y de que la

calentura de la imaginación nos ha privado del uso de la reflexión y de la razón, y hemos estirado demasiado la piel o la goma del tema con perjuicio de la simetría del conjunto.

Y así va a resultar que, en el traje que le estamos cortando y confeccionando al Liebknecht español, los pantalones le van a venir largos y la chaqueta corta o al revés.

Mas ya hemos advertido en el introito que nosotros no nos pagamos de mediciones geodésicas y de patrones de sastrería.

Al parroquiano nuestro que le falte de mangas, que lo ponga de buena voluntad y encoja los brazos. Y al que le sobre tela, que procure engordarse y aumentar las carnes con una alimentación abundante y nutritiva, que esto, aunque es caro, no es malo.

Recortaremos y restringiremos, pues, en lo relativo a la acción indirecta y directa, el vuelo y el peso que hemos dado de más en el capítulo de lo jurídico. Es tal la garrulería de los causídicos, que se la contagian al más sobrio, en cuanto ellos por activa o por pasiva entran en danza. Y punto final a la digresión.

El mismo fervor, la propia emoción exacerbada y exaltada, que llevó al ejercicio de la profesión, al ministerio jurídico que él trocó en sacerdocio, puso y vertió o invirtió Layret en la política y en su breve, pero intensa, actividad obrerista.

En su mirada negra, fulguradora; en su barba rizada de fusilero de Alhucemas, de caid de Beni-Urriaguel; en su tez bronceada y como bañada constantemente en el reflejo de una llama, se leía todo el termodinamismo de su pasión.

Físicamente, es verdad, era una ruína; pero una ruína llena de majestad, de impresionante grandeza.

Su misma invalidez producía cierto terror divino, el terror que nos sobrecoge ante una encina hendida por el rayo, ante una construcción consumida por el fuego, ante cualquier paraje por donde el genio vengador de la naturaleza ha pasado con su espada asoladora sembrando estrago.

Layret no hizo de la política un "modus vendi", un medio de vivir, sino de vivificar, de dar libertad, que es lo mismo que dar pan y dar vida.

Orientó su acción y la fecundó el amor del

pueblo desgraciado. Devoró la fiebre del bien público.

Su austeridad, su desinterés, su pureza alejaron de los caminos tortuosos de hacer fortuna.

La magna condición de su ánimo y de su ánima lo hizo ajeno a todo personalismo y lo desnudó de toda pasioncilla ruín y de toda acción pequeña.

Peleó por la autonomía de Cataluña y por la implantación de la república en España.

Su gestión municipal se resume en el Presupuesto de Cultura.

En el 1909, su alma antiteocrática y anticlerical vibró jocundamente con la de las muchedumbres, que removieron el empedrado para hacer barricadas, y pasearon la tea de las llamas purificadoras por las calles de Barcelona.

En 1917 participó activamente en el movimiento de Agosto y asumió la mitad de la responsabilidad de la dirección.

En Granollers, las balas del requeté le rozaron la piel y le silbaron entre las orejas.

Cuando los asaltos de malos estudiantes a *La Lucha*, pasó, impávido, entre los energúmenos que lo improperaban y le amenazaban y pedían la cabeza de los que redactábamos aquella hoja.

Algo después tronó con Domingo o se enfriaron sus relaciones con él, y del brazo de Seguí y de Companys se aproximó al movimiento proletario.

A la causa de la República y de la autonomía, de la revolución política, había dado hasta entonces lo mejor de sus alientos, de sus arrestos masculinos.

A la causa obrera, a la causa de la emancipación de los trabajadores y de la revolución integral, le dió su sangre y su vida, se entregó todo él.

Parangón y recapitulación

Hemos trasplantado a este tiesto unas flores ufanas, arrancadas de aquel vergel de rebelión santa que fueron *Los Miserables*.

Aun a trueque de que nuestros detractores

digan que este manto—que nosotros quisiéramos fuera de luz—que le tejemos al paladín del sindicalismo está hecho con retazos y hasta con andrajos y pegotes, no resistimos a poner de colofón de esta silueta unas laudes o letanía layretana o lauretaria, que recientemente hemos publicado en *La Protesta* bonaerense.

Se escribió dicho panegírico, si la memoria no nos es infiel, para celebrar el aniversario del asesinato abominable.

Y decíamos:

El Ateneo Enciclopédico de Barcelona ha dedicado una velada a honrar la memoria de Layret, el famoso abogado de nuestros Sindicatos Unicos, el hombre de conciencia y corazón, villanamente baleado por el fascismo catalán, por los sicarios de Martínez Anido.

Por su parte, *L'Avenir*, de Sabadell, nos aseguran que viene con el retrato del mártir, de gran tamaño, y haciendo bello "pendant" con el de Pi y Margall.

Francisco Pi y Margall y Francisco Layret—los dos Franciscos por Sabadell tan amados—son dos altos valores humanos. El primero es un valor de pensamiento y el segundo un valor de sacrificio.

Sé que a muchos parecerá una herejía lo que voy a afirmar; pero por ninguna consideración ni respeto humano tengo la costumbre de callarme.

Para mí es mucho más excelsa la figura de Layret que la de Pi y Margall. Piensa o se supone que piensa el marqués de Alhucemas. Piensa Poincaré. Piensa María Cristina. Piensan los senadores. Piensa o come pienso cualquier burro.

Pensador cualquiera lo es. Los irracionales lo son tanto o más que los oradores, los escritores y, desde luego, mucho más que los periodistas. Piensa el clero. Piensa la intelectualidad. Rodin hacía pensar al bronce. Miguel Ángel a las piedras. Piensan más las piedras, los cantos del arroyo que los consejeros de la Corona. Piensan y discurren mucho más los malvados que los buenos.

El faquirismo estuporoso, el platonismo inoperante, el éxtasis adinámico, el nirvana, son estados perfectivos, distancias de la animalidad. Tiene, sin duda, el verbo artístico o científico poder de iluminación y suasión.

Pero el motor del universo, la fuerza que rige la vida, la verdadera fuente de calórico y lumínico, la que habla alto y claro y ro-

tundo y estiliza y orfebriza prodigiosamente es, con su energía y con sus actos, la voluntad.

Es ella, es la actividad que no se rinde, es la impavidez ante la muerte, es el heroísmo y el sacrificio por el ideal lo que representa en el mundo la potencia creativa, transformativa y genitiva de Jehová y de Zeus.

La palabra y la idea no son más que imágenes, no son más que fantasmas y entelequias. Es el hecho el varón; es la acción la que salva, la que engendra, la que transubstancia, la que imprime el vértigo a los átomos y revoluciona las moléculas y hace surgir nuevos cosmos del seno de Cronos.

Un pensador, un filósofo, un ideólogo puede ser, es muchas veces, es generalmente, un monstruo de extravagancia y de vanidad—caso Nietzsche—, o un egoísta bestial—caso Goethe—, o un narciso imprudente—caso Bergson, caso Einstein.

Un mártir es forzosamente un ángel, una criatura azul, empírea, un cordero eucarístico, un ser de una pureza, de una inocencia y de una candidez casi inconcebibles en la tierra.

Un mártir es una conciencia de oro y de cristal, es una carne de fuego y de caridad, es un trono de justicia y de gracia.

El cristianismo se ha forjado con la coagulación de la sangre de millones de víctimas. Hay mil doctrinas filosóficas, teológicas y morales superiores al cristianismo. Pero puede que no haya ninguna que descansa y se afiance en la montaña de huesos y de fanatismos en que aquél se asienta.

Los mártires son los soldados, los guerreros del ideal, los argonautas del vellocino, los conquistadores y atrapadores del ensueño. Idea que no calza espuela—permitidme el tropo—y no ciñe espada, y no abraza escudo, y no se pone casco, y no ama el combate, es idea muerta, es género liquidado y exento de valor.

Se puede pensar a la alemana, esto es, por modo reflejo, automático y mecánico. Se lucha por el bien y por la justicia; se muere por una fe, pensando, sintiendo y queriendo intensamente, abrasándose de idealismo, consumiéndose de fiebre y de amor, sublimando la propia substancia humana y exaltándola hasta el infinito.

Layret es un mártir. Con esta palabra yo lo expreso todo; sintetizo en ella todas las grandezas, todas las purezas, todas las fecundidad

des. Significo, al decir eso, que Layret fué un fénix del pensamiento, una vestal y un Catón de la virtud, un serafín de amor. Fué un vidente y un santo.

No se le pueden regatear, pues, homenajes al gran sacrificado, al gran ejemplar. Su vida es un faro, es una estrella maga. Es el libro que nos enseña, que nos predica a todos el deber de morir, de dar la sangre por la verdad. En treinta años de pasión idealista, de interés

sostenido y de propaganda incesante, Layret estuvo blindando las balas que lo tumbaron; estuvo templando el acero y afilando la hoja del cuchillo que le degolló.

El laurel que hoy ponemos sobre su cabeza se lo ganó en buena lid. Alabado sea su nombre. Veneradas sean sus cenizas. Bendito sea su recuerdo.

ANGEL SAMBLANCAT

Agosto 1923.

“SILUETAS”

publicará en el próximo número la de

VIRGINIA GONZALEZ

Abnegada propagandista del comunismo español,
recientemente fallecida, por

EDUARDO TORRALBA BECI

SILUETAS

ARTE - POLITICA - LITERATURA - ACTUALIDAD

Números publicados:

JOAQUIN COSTA
por Angel Samblancat.

INDALECIO PRIETO
por Torralva Beci.

SALVADOR SEGUI
por Salvador Quemades.

EL CARDENAL SOLDEVILA
por Felipe Alaiz.

ROBERTO CASTROVIDO
por Valentín de Pedro.

ANGEL PESTAÑA
por Víctor Gabirondo.

MIGUEL DE UNAMUNO
por José Sánchez Rojas.

En prensa:

JUAN DE LA CIERVA
por Angel Samblancat.

FRANCISCO CAMBO
por Rafael Marquina.

BLASCO IBAÑEZ
por Félix Azzati.

RAFAEL SALILLAS
por Roberto Castrovido.

MELQUIADES ALVAREZ
por José Rodríguez de la Peña.

JULIO SENADOR
por Arturo Perucho.

PABLO IGLESIAS
por Julián Besteiro.

MARCELINO DOMINGO
por José Sánchez Rojas.

ALVARO DE ALBORNOZ
por Abraham Polanco.

Para pasar deliciosamente el Verano

AUTOPIANOS VIRTUOLA **INTERPRETADORES**

Combinados.--Eléctricos y a pedal.--Unicos que reproducen con asombrosa exactitud a los grandes pianistas

NINGUNO LE SUPERA EN CALIDAD NI EN PRECIO

VEA Y COMPARE

CONTADO — PLAZOS
CASA "MELODIA,,

Alcalá, 85, MADRID

Teléf. 23-72 S

LO MAS NUEVO

En medallas y cruces con brillantes, perlas legítimas y diamantes, muy apropiado para novias, en sustitución de pendentif.

Especialidad en pulseras de pedida con brillantes y diamantes, construidas por los mejores fabricantes alemanes.

Todos los articulos son de oro, platino y piedras legítimas, garantizados con factura.

Joyería de Cuadrillero

DUQUE DE LA VICTORIA, 7. — VALLADOLID